

LOS PELIGROS DE LOS QUE HUIR AL ELABORAR REPORTAJES EN RADIO

Susana Herrera Damas
Universidad de Piura (Perú)
sherrera@udep.edu.pe

Resumen

Aunque por razones de tiempo y recursos no está muy extendido en la práctica, el reportaje es un género que tiene un gran potencial y que ofrece abundantes posibilidades para su exploración en la radio. Sin embargo, no siempre es fácil elaborarlo. La ausencia de moldes prefijados genera en ocasiones incertidumbre sobre el modo de proceder. El objetivo de este artículo es aportar una serie de pautas que resulten útiles en este punto. Para ello, y dado que no existe un único modelo, nos vamos a centrar en describir los principales errores que se suelen cometer al elaborar este género, errores que no resultan admisibles y que, de ninguna manera, podrán estar bien. Antes, describiremos brevemente la esencia de este género a partir del retrato de sus señas de identidad más significativas.

Palabras clave: reportaje, radio, género, periodismo interpretativo.

0. Introducción:

Aunque por razones de tiempo y recursos no está muy extendido en la práctica, el reportaje es un género que tiene un gran potencial y que ofrece abundantes posibilidades para su exploración en la radio. La razón: su capacidad para ofrecer una mayor profundidad a la hora de relatar los hechos, interpretarlos, contextualizarlos, ofrecer un mayor relieve y situar a la información en una perspectiva más amplia. Sin embargo, no siempre es fácil elaborarlo. Es cierto que es un género que deja cierto margen a la libertad expresiva de su autor (1). Pero, por eso mismo, la ausencia de moldes prefijados genera en ocasiones incertidumbre sobre el modo de proceder. El objetivo de este artículo es aportar una serie de pautas que resulten útiles en este punto. No obstante, el hecho de que sea un tipo de texto que deje bastante libertad a la creatividad del autor hace que no sea fácil ofrecer recetas o pautas para elaborarlo. En su lugar, y dado que no existe un único modelo, nos vamos a centrar más bien en describir los principales errores que se suelen cometer al elaborar este género, errores que no resultan admisibles y que, de ninguna manera, podrán estar bien. Éste es precisamente el propósito del presente artículo: alertar sobre los posibles riesgos y peligros que se deberían evitar a la hora de elaborar reportajes en radio. Antes, describiremos brevemente la esencia de este género a partir del retrato de sus señas de identidad más significativas.

1. Características del reportaje en radio (2)

El reportaje es un “modelo de representación de la realidad que a partir del monólogo radiofónico persigue narrar y describir hechos y acciones de interés para el oyente, proporcionándole un contexto de interpretación amplio en los contenidos y el uso de fuentes rico y variado en los recursos de producción, y cuidado y creativo en la construcción estética del relato” (Martínez-Costa y Díez Unzueta, 2005: 114). Esta definición formal podría quedar completada con otros rasgos que también identifican al género.

En cuanto a su contenido, el reportaje se caracteriza por su actitud informativa, por tener cierta conexión con la actualidad, por su carácter narrativo descriptivo y por una mayor profundidad periodística que no se conforma con describir y narrar los elementos más noticiosos de un hecho sino que trata siempre de ir más allá. Asimismo, el reportaje es un género que se inspira en hechos reales y concretos y que admite una alta versatilidad temática.

En cuanto a sus recursos estilísticos, relativos a la expresividad y la puesta en escena, el reportaje se define por una alta intensificación de los recursos expresivos y un uso de fuentes rico y variado en los recursos de producción y cuidado y creativo en su construcción estética. De esta forma, el reportero participa en el texto y tiene libertad para estructurar su relato, escoger el lenguaje, y para hacer un uso intencionado de todas las posibilidades expresivas que ofrece la técnica y el lenguaje radiofónico. Otros rasgos son su originalidad, su estilo personal, su gran libertad estructural, la diversidad de recursos expresivos que admite y el monólogo para su presentación.

En lo relativo a sus condiciones de producción, son característicos del reportaje su emisión habitual en diferido y

desde la emisora y su extensión variable que puede ir desde los 2 ó 3 minutos de los reportajes elementales hasta los reportajes de investigación, mucho más profundos y cuya extensión puede llegar hasta los 60 minutos.

Finalmente, en cuanto al lugar del género dentro del conjunto de programas que componen la oferta de una emisora, el reportaje tiene una ubicación informativa y se encuentra en los servicios principales de noticias o en los informativos especiales. En ocasiones, puede llegar también a formar programas autónomos.

2. Los tipos de reportaje en radio

A su vez, no todos los reportajes son iguales. En la práctica, es posible clasificarlos a partir de diferentes criterios. En una tipología propia (Herrera, 2007e) cabe distinguir diversos criterios, según se refieran a las técnicas de realización, al grado de profundidad, al lugar de emisión y al contenido. Según la técnica de realización, podemos distinguir los reportajes en directo, en diferido y mixtos. Según el grado de profundidad, los reportajes pueden ser elementales, documentales y de investigación, con un grado creciente de profundidad, conforme pasamos de uno a otro. Atendiendo al lugar de emisión, nos encontramos con reportajes de calle, de mesa o mixtos. Finalmente, en cuanto al contenido, los reportajes pueden abordar hechos, acciones o declaraciones; si bien, en la práctica, estas modalidades no se suelen presentar en estado puro, sino que puede haber una crónica que comience relatando un hecho e incluya después una serie de declaraciones, para cerrar finalmente con la exposición de las acciones que se seguirán en el futuro, a raíz del hecho en cuestión.

No obstante, al margen del tipo de reportaje, la mayor parte de los peligros que vamos a describir atraviesa, en realidad, toda la tipología. Es decir, son peligros que se ciernen muchas veces sobre la labor del reportero, al margen de que esté elaborando un reportaje elemental o de investigación, por ejemplo. Junto a ellos, hay otros peligros que sí son específicos de alguna modalidad concreta, como tendremos ocasión de ver.

3. El estilo del reportaje en radio

Antes, un par de apuntes breves sobre el estilo de los reportajes en radio y sobre las fases en su elaboración. En cuanto al estilo, uno de los rasgos característicos del género es su originalidad. Todo reportaje quiere ser original, nuevo, novedoso, distinto, único y diferente. De alguna forma, todo reportaje quiere ser recordado porque, antes de él, nunca se había escuchado algo así. En la práctica, esta originalidad se extiende desde el fondo hasta -sobre todo- la forma que adopte el reportaje.

En cuanto al fondo, hay reportajes que quieren ser originales por el tema que abordan, porque es un tema que -se considera- sí cumple con los tradicionales criterios noticiosos (*news values*) pero, sin embargo, no ha tenido un tratamiento más profundo por parte de los medios. En otras ocasiones, la originalidad afecta más bien al enfoque o punto de vista que se adopte. Con respecto a la forma, la originalidad del reportaje se manifestará sobre todo en la redacción, en el tipo de narrador que se emplee, en los tratamientos de tiempo y espacio o en el ritmo (Herrera, 2007c).

En la práctica, esta originalidad característica del estilo es la fuente y el origen de dos de los peligros que vamos a describir. De un lado, la falta de variedad expresiva y, en el lado contrario, el exceso en la pretensión estilística, en detrimento -en ocasiones- de la claridad enunciativa. En seguida lo vemos en detalle.

4. Las fases en la elaboración del reportaje en radio

En cuanto a las fases de elaboración del reportaje en radio, en la práctica, éstas son el resultado de un proceso laborioso que incluye: idea, propósito, enfoque, investigación, selección, razonamiento o evaluación, elaboración o traslación y presentación (Ulibarri, 1994: 51-57 y Herrera, 2007d). Decimos esto porque en ocasiones se entiende que el reportaje es un género flexible y que, por serlo, se puede improvisar. Éste es el origen de otro de los problemas más habituales que se presentan a la hora de elaborar los reportajes en radio. Para evitarlo, conviene recordar por tanto que la elaboración correcta del género depende, aunque no sólo, de seguir la secuencia descrita, que incluye diversos pasos.

Con toda esta presentación preliminar que nos servirá para entender por qué los peligros que vamos a describir no pueden estar bien, vamos a ver ahora cuáles son estas amenazas a las que se enfrenta el reportero a la hora de elaborar reportajes en radio.

5. Los peligros de los que huir al elaborar reportajes en radio

Una vez descritos los principales aspectos del reportaje en radio, procedemos ahora a exponer los principales peligros que se deben tener en cuenta al elaborar el género. Éstos son:

- 1) Poca profundización
- 2) Exceso en la pretensión interpretativa
- 3) Poca variedad expresiva
- 4) Exceso en la pretensión estilística
- 5) Falta de estructura y
- 6) Abuso de la improvisación

Estos peligros hacen que, en ocasiones, se anuncien reportajes que -en sentido estricto- son *otra cosa*. Es decir, es posible que adopten la estructura formal y técnica de este género e incluso que se les anuncie o presente en antena como tal. Sin embargo, si escuchamos el relato de manera atenta, nos damos cuenta de que se trata de simples informes, meras conexiones o ejercicios de estilo exagerados, que sólo persiguen un afán estético. Veamos por separado cada uno de estos peligros.

5.1. Poca profundización

La profundidad es un rasgo nuclear en la caracterización del reportaje en radio. Es decir, el reportaje no se limita a describir y narrar los elementos más noticiosos de un hecho sino que, una vez conocidos éstos, trata de aportar una mayor profundidad (Herrera, 2007a). Esto se consigue gracias a la investigación y es lo que permite interpretar los hechos, contextualizarlos, ofrecer un mayor relieve y situar a la información en una perspectiva mayor. En este sentido, Martín Vivaldi (1987: 108) afirma sobre todo del gran reportaje que debe ser revelador. Para Lewis, el reportero tiene una exigencia mayor que la del redactor de noticias:

“La responsabilidad del reportero no es simplemente decir ‘esto sucedió’, sino ‘esto sucedió y así fue cómo sucedió, por esto sucedió, y éstas son las preguntas que permanecen sin respuesta’. Para este tipo de periodismo, el reportero debe leer mucho, ser inteligente, reflexivo y escéptico. Debe imprimir su inteligencia sobre el material recabado, y darle forma y orden, aun cuando el evento mismo ofrezca sólo un montón de ideas caóticas y meras impresiones” (Lewis, 1994: 95-96).

El propósito es profundizar más, adentrarse en el conocimiento de cómo fueron los hechos, para tener una perspectiva mayor y una visión más completa del conjunto (Figueroa, 1996: 241). Siguiendo a Echeverría:

“El reportaje va más allá del clásico qué ha sucedido y quién lo ha protagonizado y se fija fundamentalmente en el cómo y el porqué se ha producido un acontecimiento. Antecedentes, contextualización, análisis, reacciones e interpretaciones son esenciales en este género. La consulta y el contraste de múltiples fuentes, el empleo de diversas estructuras textuales, así como una amplia libertad de recursos expresivos, lingüísticos y formales convierten a este género en un texto de autor, generalmente firmado” (Echeverría, 1998: 23).

¿Y cómo profundiza el reportaje? De muchas formas. Todo depende del tema y envergadura del reportaje que estemos considerando. Aun así las más habituales podrían ser: buscando más documentación, averiguando las causas, interrogando a más fuentes, indagando sobre las consecuencias, preguntando por casos similares, buscando el testimonio de los afectados, procurando las voces de los expertos, conociendo la postura contraria, sabiendo el número de los afectados, averiguando posibles soluciones, etc. A su vez, este grado de profundidad varía según el reportaje. De hecho, este criterio nos permite distinguir entre el reportaje elemental y el de investigación.

El elemental se caracteriza sobre todo por su menor grado de profundidad. En ocasiones, se parte simplemente de una noticia, a la que se incorpora algunos de los rasgos del reportaje como la profundización en el hecho -sus antecedentes y consecuencias- el relato directo, testimonial de los implicados y la valoración de los expertos (Barroso, 2002: 420-422). Este reportaje se caracteriza también por requerir de una menor investigación, disminuir el tiempo, dinero y volumen de documentación que se necesita revisar, reducir su complejidad técnica, tener una escasa duración, un tratamiento formal más simple y poder ser elaborado por un equipo humano y un presupuesto reducidos (Rodero, 2001: 140-141).

Frente a él, el reportaje de investigación demanda un trabajo más intenso y extenso, que dota al texto de una mayor profundidad. Esta variante se caracteriza también por requerir más tiempo para su elaboración, incrementar la complejidad técnica al tener que dar paso a más fuentes y recursos, tener una duración mayor que, en ocasiones,

puede llegar incluso hasta los 60 minutos, requerir un tratamiento formal más complejo, necesitar de un equipo de producción más completo y exigir un mayor presupuesto, como resultado de todo lo anterior (Rodero, 2001: 144-145).

No obstante, con independencia del tipo de reportaje ante el que nos encontremos, en todos ellos -también en los elementales- debe existir algún tipo de profundidad ya que este rasgo se encuentra en el núcleo mismo del género. Como decimos, los aspectos concretos en los que se profundiza, vuelven a depender de varios factores, sobre todo del tema que se aborde en el reportaje. Así, por ejemplo, si es sobre una enfermedad, se investiga en las causas, en los síntomas, en las consecuencias, en el número de personas afectadas, en las soluciones, procedimientos, tratamientos, fármacos, en las posibilidades de curación, etc. Si el reportaje versa sobre un suceso, los aspectos en los que deberá profundizar son los relativos a las causas, el desarrollo del fenómeno, las consecuencias en daños humanos, las consecuencias en daños materiales, la evolución de los daños, etc. En todo caso, y al margen del tipo y del tema del reportaje, siempre debe existir algún tipo de profundidad porque ésta resulta parte de lo diferencial del género y es lo que lo distingue de otros como la noticia, o el informe:

“A pesar de la modernización de los géneros informativos, es poco probable que una noticia dé cuenta del cómo y el porqué de un acontecimiento. Por lo general, estas preguntas son abordadas por los géneros interpretativos. Éstos se preocupan por proporcionar el contexto y la historia necesarios para poner cualquier fenómeno social en perspectiva” (Benavides y Quintero, 2004: 176).

En consecuencia, los textos que se limitan a aportar una serie de hechos más o menos afines pero donde no se profundiza, ni se interpreta, ni se explicita la relación entre las diversas variables no son auténticos reportajes. En ocasiones, se trata de simples informes. Como decimos, el peligro consiste en que el reportero olvide la necesidad de contextualizar, desperdiciando una extraordinaria oportunidad de ir más allá de lo evidente para tratar de comprender el significado más oculto de lo que no aparece a primera vista.

5.2. Exceso en la pretensión interpretativa

En el extremo opuesto, el reportero se enfrenta también a la amenaza contraria: la de llevar la interpretación *demasiado lejos*, olvidar los límites de todo reportaje radiofónico, terminar convirtiendo a la contextualización en un “placebo” (González, 1997: 30) y creer que, en ese afán de trascender lo estrictamente informativo, vale todo. No es así. Para aclarar las cosas, tal vez resulten útiles los conceptos de “juicios de hecho” y “juicios de valor”. Los juicios de hecho son aquellos que pueden ser demostrados o al menos admitir una fundamentación científica. Siguiendo a Grijelmo (1997: 88), podemos hacer un “juicio de hecho” si contamos que un turista se detuvo a admirar “la inmensa mole” de las pirámides de Egipto. Esto es una evaluación, porque estamos calificando de determinada forma el famoso monumento de la antigüedad, pero realmente podríamos sostener esa afirmación con argumentos indiscutibles.

Sin embargo, con los juicios de valor ocurre algo diferente. Los juicios de valor ya no admiten una fundamentación científica, sino que son las impresiones que los hechos producen en la sensibilidad de las personas. Siguiendo a Casado, sobre estos últimos juicios de valor “sería vano pretender un consenso universal, pues estarían en función de la formación de las personas, de sus gustos, de las modas culturales, etcétera” (cit. en Grijelmo, 1997: 88). El reportaje debe huir de este tipo de juicios de valor que, en realidad, resultan más propios de otros géneros como el editorial, la tertulia o el comentario.

En otras palabras: el reportero puede aportar su punto de vista siempre y cuando esté sustentado sobre el elemento informativo pero, con esta excusa, no se puede sentenciar, calificar, enjuiciar o descalificar de manera “gratuita” o desconectada de los hechos. Tampoco caben las opiniones propias que pueden ser muy discutibles o los juicios de valor que sólo son fruto de la subjetividad de quien enuncia.

En este sentido, el reportaje ofrece cierto margen para la valoración personal del autor pero, pese a todo, el afán nunca es editorializante. Fagoaga explica claramente las diferencias entre ambos conceptos:

“El propósito editorialista se manifiesta claramente en párrafos encabezados con frases como “no estamos de acuerdo en...” “resulta inadmisibles que”, “pedimos una actuación clara” y otras similares que pueden analizarse en los comentarios editoriales o firmados, cuyo lenguaje se muestra claramente bien lejano de las fórmulas empleadas en los mensajes interpretativos. Mientras que el análisis planteado en los mensajes interpretativos se basa en la explicación de los hechos y ahí se mantiene su substrato esencial; los mensajes propios del periodismo de opinión analizan los hechos con el único propósito de ofrecer juicios

morales y, en definitiva, de canalizar las opiniones públicas” (Fagoaga, 1982: 79).

De esta forma, el reportero debe interpretar en su texto, debe inferir, es decir, determinar o especular sobre lo desconocido, basándose en lo conocido. Para ello, Echeverría (1998: 49) cita tres procedimientos:

- 1) la extrapolación: que supone ir más allá de una serie de datos asumiendo que continuará la tendencia que se mantiene
- 2) la intrapolación: consiste en llenar espacios vacíos entre hechos establecidos que conforman una serie
- 3) la analogía: que consiste en suponer una semejanza total entre dos fenómenos, porque algunos elementos de esos dos fenómenos se parecen

Sin embargo, dado que el periodista no es infalible, hay veces que en el razonamiento periodístico se producen errores. Las fuentes más habituales de estos errores son (Echeverría, 1998: 49-50 y Abril, 2003: 76-77):

- 1) tomar el todo por la parte: consiste en atribuir a un fenómeno las características que tiene sólo una parte de él
- 2) reducir una realidad a nuestras propias imágenes: ante la confusión que produce algo que no se puede entender, el periodista trata instintivamente de reducirlo a experiencias, símbolos y datos familiares
- 3) explicar con excesiva generalidad: aunque es válido y puede resultar esclarecedor recurrir a la generalización para explicar algunos fenómenos, lo que no tiene sentido es plantear explicaciones tan generales que aclaren poco o nada los hechos
- 4) aceptar estereotipos y prejuicios: como personas, los periodistas guardan en el subconsciente numerosos prejuicios, proponiéndose como filtro eficaz la autocrítica seria

En la práctica, todas éstas son manifestaciones diversas de lo que puede ocurrir cuando, en su texto, el reportero lleva la interpretación *demasiado lejos*. Finalmente, tampoco está de más recordar que para emitir expresamente las opiniones del autor ya existen otros géneros y que es necesario por tanto que el reportero no extrapole su misión. Insistimos: no es que estas opiniones sean malas y no tengan cabida en periodismo (3). Pero hay que saber qué da de sí y qué cabe esperar de cada género periodístico.

5.3. Poca variedad expresiva

El tercer peligro al que se enfrenta el reportero al elaborar reportajes en radio es el de la falta de expresividad (4) o la ausencia de variedad expresiva. Por definición, el reportaje es un género que se distingue por su variedad y su alta intensificación en los recursos expresivos. Así, a diferencia de la noticia o de la crónica que se reconocen por una construcción expresiva muy austera, funcional y sujeta al propósito informativo, el reportaje se caracteriza por un colorido vistoso que, en ocasiones, asemeja al género a otros como el documental o el dramático, al menos desde un punto de vista estético. Así, para Martín Vivaldi, el reportaje debe ser vario “como varia es la vida”:

“Estilísticamente, la variedad del reportaje resultará casi perfecta si responde a la diversidad implícita de los hechos que se narran. Un reportaje variado nos da descripciones, diálogos, anécdotas, rasgos de humor, ocasiones para reflexiones filosóficas, etc. etc. El reportaje vario, fiel reflejo del mundo, ha de tener color, luz y sonido. Se deben ver las cosas; se debe oír a las personas; se debe ver y oír todo lo que sea visible y audible” (Martín Vivaldi, 1981: 78).

En parecidos términos, Chillón señala que la característica más importante del género es la diversidad funcional, temática, compositiva y estilística y “el único límite es el impuesto por las exigencias de claridad, exactitud y eficacia inherentes a todo periodismo informativo de calidad” (1994: 19). A juicio de Cebrián Herreros, el reportaje requiere “mentalidad radiofónica”, dado que permite un “máximo rendimiento y eficacia expresiva de lo audiovisual para comunicar lo que el reportero quiere” (1992: 153).

¿Y en qué consiste la variedad en el reportaje radiofónico? Tiene muchas facetas. Veamos brevemente en qué consiste cada una de ellas (Herrera, 2007a).

- 1) variedad en el uso de fuentes. En su afán de indagar, el periodista deberá acudir a cuantas fuentes sea necesario -personales, gubernamentales, no gubernamentales y documentales-. En su búsqueda será muy importante también que el reportero conozca la actitud y la credibilidad de la fuente (Peñafiel, 2002: 43-47).
- 2) variedad en el empleo de testimonios (Soengas, 2003: 59-60), cuya incorporación no persigue sólo fines estéticos sino que es la forma de subrayar la verosimilitud y autenticidad de lo que se narra (Faus, 1981: 266) (5). Por consiguiente, las declaraciones deben estar bien seleccionadas y contextualizadas, para “rentabilizar al máximo

su contenido y evitar que sean percibidas como un dato aislado, o incluso como un elemento extraño y ajeno” (Soengas, 2003: 60).

3) variedad en el uso de géneros. El reportaje es un género que puede contener otros. Esto le ha valido incluso el calificativo de “género de géneros” (Cebrián Herreros, 1992: 147). En ocasiones, estos géneros se emplean sólo como herramientas periodísticas para obtener información -entrevistas, encuestas-, mientras que otras veces participan como géneros en sí mismos dentro del texto -noticias, crónicas, informes (Muñoz y Gil, 1994: 138-142), entrevistas, encuestas, etc.-.

4) variedad en el uso de los elementos del lenguaje. Aunque la palabra sigue siendo el elemento predominante y el que ocupa el primer plano, la música, el silencio o los efectos desempeñan también un papel importante. Sobre ellos recae casi siempre la condición descriptiva (Martínez-Costa, 1999: 104) y pueden llevar a cabo funciones ambientales, ubicativas, expresivas, narrativas, ornamentales, etc. (Merayo y Pérez Álvarez, 2001: 36-58 y Gutiérrez y Perona, 2002: 33-68). El reportero procurará entonces buscar la mayor cantidad y calidad de sonidos posibles, y mostrará además una predilección especial por los sonidos diegéticos, los captados de la realidad (Cebrián Herreros, 1992: 179). Para Rodero, esta variedad en el uso de los elementos del lenguaje es una de las mayores señas de identidad del género:

“Si existe una característica definitoria del reportaje radiofónico es su enorme riqueza expresiva. Por tanto, podemos afirmar que es el género que mejor se amolda a la viveza y al dinamismo que debe caracterizar el lenguaje en la radio. En el reportaje radiofónico confluye una intensificación de los recursos expresivos que resulta imposible de reproducir en los medios escritos. El reportaje se sustenta en la fuerza de los sonidos, explota al máximo las posibilidades del lenguaje radiofónico: se combinan las palabras, con las músicas, los efectos sonoros y los silencios” (Rodero, 2001: 119-120).

5) variedad en el uso de transiciones. La variedad que admite el reportaje se extiende también al empleo de los nexos entre sus partes. Para ello, será muy útil que exista primero una buena organización y una estructura clara (Ulibarri, 1994: 256) (6). Además, en lo posible, se procurará que las transiciones pasen casi desapercibidas, de manera que el relato resulte lo más natural posible.

6) variedad en los tratamientos de tiempo y espacio. Al igual que en la literatura, también en el reportaje en radio se puede alterar el tiempo según un orden artificial, mediante el uso de analepsis o prolepsis, comienzos *in media res*, estructuras circulares, elipsis, resúmenes, escenas, pausas, digresiones, relatos singulativos, anafóricos, repetitivos, iterativos, etc. En cuanto al tratamiento del espacio, el reportaje admite el empleo de planos sonoros diferentes, con diversas intenciones estéticas (Herrera, 2007c).

Como vemos, la variedad expresiva, al margen de la manifestación concreta que consideremos en cada caso, se encuentra en la esencia misma del género. Esto significa que el buen reportaje se aleja de aquellos textos que se limitan a ilustrar el contenido más o menos documentado de un tema, con una música de fondo cuya relación con el tema sobre el que versa el reportaje es sólo indirecta y que no intensifica más el resto de recursos expresivos como los silencios, efectos, músicas, etc. No obstante, en la práctica este tipo de textos existe y se presenta muchas veces como reportajes. En realidad, son más fruto de las prisas, de la urgencia y de la escasez de recursos económicos y de tiempo que se advierten en las emisoras pequeñas y excesivamente informativas. Es cierto que este tipo de reportajes pueden estar justificados en términos estrictamente informativos. Sin embargo, en lo expresivo y comunicativo se desperdicia una gran oportunidad para contar más sobre todo mejor (7). Y es que, siguiendo a Merayo:

“El público no sólo tiene derecho a discursos con sólidos argumentos que se presentan en enunciados conceptualmente perfectos. El público pide verdad, es cierto, pero también reclama su derecho a la belleza. A veces, por no cuidar el envoltorio, o lo que es lo mismo, por descuidar las formas, nuestros mensajes pierden el atractivo de la belleza” (Merayo, 1998: 64).

Además, esta mayor variedad expresiva -siempre y cuando esté justificada, se entiende- redundará en un mensaje más atractivo en términos estéticos. A su vez, esto beneficiará en la atención del oyente que, al ser menor, se podrá mantener por más tiempo.

5.4. Exceso en la pretensión estilística

En el lado contrario, se encuentra también el riesgo opuesto: el de tratar de hacer del reportaje un mero ejercicio de estilo, para expresar la brillantez más o menos literaria de su autor. En este sentido, hay que decir que el género comparte todos los requisitos estilísticos del buen periodismo que son (Grijelmo, 1997: 304-340): la claridad, la ordenación lógica, la sorpresa formal y de contenido, el humor y el sentido lúdico, la ironía, el vocabulario -amplio pero comprensible-, la paradoja, el ritmo, la inclusión de detalles, el párrafo “de sabor” que cierra los textos, etc. A su vez, todos estos elementos se alejan del mal estilo que, en periodismo, tiene que ver con la pobreza de expresión, la vulgaridad, el abuso de verbos como ser, estar o haber, el empleo de tópicos, la reiteración y redundancia inútiles, los estiramientos, el abuso de frases intercaladas, la abundancia de adverbios terminados en -mente, etc. (Grijelmo, 1997: 341 y ss.).

Dicho esto, el buen estilo es algo necesario y muy recomendable en el reportaje ya que -como dijimos- se trata de un texto libre y abierto y que ofrece cierto margen para la creatividad del autor, tanto a la hora de organizar su texto como de escoger el lenguaje. Es más: en el caso del reportaje uno de los atractivos reside precisamente en el estilo en cuanto manifestación del lenguaje.

Es este estilo -anunciado muchas veces desde la firma y a través de la voz de su autor- el que hace que algunos reporteros reúnan “fans” en torno a su peculiar modo de contar los hechos. Esto es así porque, en el reportaje, como en la crónica (Abril, 2003: 101), es la impronta personal la que marca el estilo del relato. De hecho, este componente del estilo hace del reportaje el gran género diferenciador dentro del periodismo escrito y también del audiovisual:

“Es verdad que no todos los periódicos insertan las mismas noticias -todas y cada una de ellas-. Es verdad también que la noticia químicamente pura no existe y que basta el enfoque que se dé a la misma para que varíe su valoración. Pero también es comprobable -dentro de un mismo país- que las grandes noticias (y a veces también las no tan grandes) se repiten en casi todos los periódicos. La muerte de un personaje relevante, un descarrilamiento, un accidente aéreo, una reunión importante del consejo de ministros, etcétera, son noticias que se repiten y se redactan casi con las mismas palabras en todos los medios de difusión de la palabra hablada y escrita. El esquema es casi siempre el mismo: sucedió tal cosa, a tal persona, en tal sitio, a tal hora del día, de tal manera y por tales razones o causas. La información que desarrolla tal noticia no suele ser, por regla general, más que una ampliación de los elementos antedichos: qué, quién, dónde, cuándo, cómo y por qué. Sólo el reportaje personal sobre el hecho (o también la crónica del mismo) puede poner un cierto acento de variedad en la paridad, equivalencia o semejanza informativas” (Martín Vivaldi, 1981: 68).

En consecuencia -insistimos- si es el estilo del reportaje lo que hace del género la apuesta diferencial de las emisoras, es innegable que este estilo es algo bueno, algo que debe aparecer en los reportajes. Lo que no resulta admisible es anteponer la ambición de lograr un estilo determinado, característico y reconocible a la función comunicativa de todo reportaje radiofónico. Así lo afirma Abril (2003: 82) cuando sostiene que el estilo es fundamental en el reportaje pero sin olvidar la función primordial de estos textos, que es la de informar.

En su afán de resultar original, y al igual que ocurre en la crónica (Martín Vivaldi, 1993: 132 y ss.) al buen reportero se le permite el lenguaje creativo, literario, metafórico, *siempre y cuando* sus imágenes sean claras, justas, oportunas y coherentes. Como en la crónica, valen todos los recursos estilísticos siempre que se enmarquen en una norma fundamental de claridad comunicativa:

“No valen -no deben valer- ni el oscurantismo expresivo, ni el retorcimiento estilístico, ni la imprecisión, ni la vaguedad, ni la vana palabrería, ni la ampulosidad verborreica, ni la complicación conceptual” (Martín Vivaldi, 1993: 132).

Dicho de otro modo: a pesar de su libertad expresiva y a pesar de que en ocasiones pueda incluso valerse de técnicas literarias, el reportaje no es propiamente literatura y, por tanto resultan inadmisibles algunas figuras o recursos que sí se pueden dar en una novela o en un ensayo. Como se viene diciendo, el reportaje no es un simple ejercicio de estilo. El afán estilístico y el “lucimiento literario” (Vigil, 1972: 172-173) que olvida la misión del género deben quedar descartados a la hora de elaborarlo. Todo está supeditado a la función informativa y contextualizadora del género. O, como afirma Grijelmo (1997: 304), lo más importante, “antes que lucirse, es hacerse entender”.

5.5. Falta de estructura

En otras ocasiones, lo que ocurre es que a los reportajes les falta estructura; es decir, les falta una disposición lógica de los diferentes elementos que componen el texto y que aseguran un orden en los contenidos y un equilibrio estético entre las partes y los recursos utilizados (Martínez-Costa y Díez Unzueta, 2005: 119). En consecuencia, nos podemos encontrar con reportajes que van “a la deriva”, sin saber muy bien hacia dónde se dirigen. Para evitarlo, todos los reportajes requieren una estructura que diferencie entre una serie de partes mínimas.

Es cierto que, por definición, el reportaje es un género que admite una gran libertad estructural. En efecto, a diferencia de lo que ocurre por ejemplo en la noticia donde el redactor debe ceñirse en lo posible a la estructura en cuatro partes de arranque, *lead*, desarrollo y cierre (Merayo, 2002: 87) en el reportaje, la estructura es mucho más libre y el autor cuenta con un margen amplio para ordenar y disponer las partes de su texto de la manera que mejor le parezca.

Aun así, la estructura, aunque mínima, *debe* existir. En este sentido, se recomienda una estructura mínima en tres partes, válida, por lo demás, para elaborar la mayor parte de los productos audiovisuales. Estas tres partes son apertura, desarrollo y cierre y a cada una de ellas les corresponde una función propia y específica.

La apertura supone una primera toma de contacto con la audiencia, a la que hay que descubrir el escenario de los hechos y la motivación que ha llevado al reportero hasta allí (Faus, 1981: 268). En concreto, toda apertura tiene siempre dos cometidos: reclamar la atención del oyente y prepararlo antes de ofrecer el dato fundamental de la historia. Esta preparación se refiere al tema del reportaje, pero también a su propósito y enfoque. Puesto que se trata de la primera toma de contacto con el oyente, se exige claridad de ideas y exposición precisa del tema y el enfoque del reportaje (Martínez-Costa y Díez Unzueta, 2005: 120).

La apertura es decisiva ya que, como se suele decir en oratoria, “el principio es la mitad de todo”. A la hora de elaborar un reportaje, esto se hace aún más cierto. Así lo afirma, por ejemplo, Ibarrola, en la siguiente cita que, pese a que se refiere a los reportajes en prensa, bien se podría aplicar para la radio:

“En toda información periodística, no es ocioso repetirlo, la clave radica en la entrada. Una buena entrada o ‘lead’ capta de inmediato la atención del lector. Una mala entrada o una entrada floja hace que el lector vuelva la vista hacia otras informaciones. En el caso del reportaje esto es especialmente importante. No se trata de una noticia que requiere únicamente de información, de hechos concretos y exactos, sino de todo un planteamiento” (Ibarrola, 1994: 87).

Por eso, no basta con cualquier entrada. La apertura de un reportaje en radio debe ser sencilla, relevante en lo temático, tener interés intrínseco, color e intriga y debe dosificar la información a lo largo del texto para que la tensión no quede condensada sólo en una parte (Rodero, 2001: 163-164 y Benavides y Quintero, 2004: 252). En la práctica, esto se puede conseguir de diversos modos y estos modos dan lugar, a su vez, a distintos tipos de aperturas (cfr. Ulibarri, 1994: 169-185 y Herrera, 2007b).

En cuanto al cuerpo, es considerado la médula y el esqueleto del reportaje. Se trata de la parte más extensa y la que contiene la mayor cantidad de información. En ella “se proporciona el grueso de los elementos del contenido, se sustenta el enfoque, se desarrollan los argumentos, se concatenan las narraciones y se aportan los principales datos, ideas e interpretaciones surgidos de la investigación periodística” (Ulibarri, 1994: 191). Para ello, resulta fundamental combinar los datos esenciales con los adecuados recursos expresivos (Martínez-Costa y Díez Unzueta, 2005: 121).

Elaborar el desarrollo del reportaje es una tarea compleja que requiere de numerosas habilidades. Lo más complicado es mantener la atención de la audiencia durante todo el relato. Para ello, se recomienda, entre otros:

- 1) contar con un narrador que delimite y una de manera firme las partes del reportaje,
- 2) recurrir a sumarios, listas o recuentos, no demasiado extensos, para adelantar las partes en que se ha estructurado el reportaje,
- 3) poner un cuidado especial en las transiciones,
- 4) procurar la mayor cantidad y calidad de testimonios,
- 5) respetar la atribución de fuentes,
- 6) procurar incluir detalles, que son “el crédito del reportaje” y
- 7) en general, poner un especial cuidado en la redacción para radio, mediante el empleo -como siempre- de estructuras simples, frases cortas, verbos activos, modo indicativo, etc. (Grijelmo, 1997: 69; Merayo, 2001:

132 y ss., Martínez-Costa, 2002: 100-116; Benavides y Quintero, 2004: 260-261; Martínez-Costa y Díez Unzueta, 2005: 123-124).

En la práctica, hay varios tipos de desarrollo, en función del tema que aborde el reportaje y del enfoque que tenga. Aunque lo más frecuente suele ser el desarrollo por bloques o el cronológico, existen también otras modalidades menos exploradas como el desarrollo de contrapunto, por escenas o por casos (cfr. Ulibarri, 1994: 191-253 y Herrera, 2007b).

Finalmente, el cierre es la parte final del reportaje, el “broche de oro” con que se cierra y que hace sentir al oyente que no faltó nada importante por tratar (Leñero y Marín, 1986: 216). El hecho de que vaya al final no justifica que tenga una importancia menor y que, por tanto, se pueda descuidar. Más bien al contrario, al ser la radio un medio efímero, en el que el oyente no suele contar con la posibilidad de volver hacia atrás, siempre tenderá a recordar lo último que se le cuente. Por eso, elaborar el cierre requiere un cuidado especial ya que “la frase que cierra un reportaje (...) adquiere el valor de las especias en cualquier condimento: es el sabor que permanece en el paladar unos segundos”. De ahí que no baste con “colgar” el texto o terminarlo de manera precipitada. El oyente debe tener la sensación de que el reportaje ha terminado, lo ha llevado a una conclusión (Ulibarri, 1994: 260-268).

Para ello, el cierre tendrá que cumplir una serie de requisitos y ser breve, concluyente, paulatino, original, lógico y congruente con el texto que corona (Ulibarri, 1994: 260, Rodero, 2001: 175-176 y Martínez-Costa y Díez Unzueta, 2005: 122). El final se puede encontrar en diferentes sitios: a veces es útil volver a la entrada porque ahí se presenta el tema del reportaje. En otras ocasiones, la idea del cierre se produce durante el transcurso de la investigación. Al margen de cómo surja, lo más importante es que éste ayude al oyente a recordar el mensaje central. En la práctica, los cierres pueden ser de retorno, de conclusión, de caso, de moraleja, de instancia a la acción, de pregunta, de proyección o anticlimático (Ulibarri, 1994: 260-268 y Herrera, 2007b).

Como vemos, a cada una de las partes de la estructura del reportaje le corresponde una función propia, diferencial y específica. Las posibilidades de combinar los diversos tipos de aperturas, desarrollos y cierres son numerosas y la casuística es extensa. Pero, más allá de ella, lo que es innegable es que *debe* existir una disposición mínima que ordene los contenidos y que haga que el resultado sea lógico y coherente.

5.6. Exceso de improvisación

El último peligro al que se debe enfrentar cualquier reportero es el del abuso de la improvisación, entendida como la capacidad para saber expresar “sin más preparación que el conocimiento que se tenga, cualquier cosa con sentido. Es una acción espontánea que se lleva a cabo cuando se presenta la necesidad” (Saiz, 2005: 65). Muchas veces la necesidad de improvisar se produce porque el reportaje *se está elaborando* en el mismo momento en el que se está difundiendo o, en el mejor de los casos, ha sido elaborado pocos minutos antes. En realidad, ésta es una práctica mucho más habitual de lo que tal vez sería deseable.

Las razones que explican esto son de diversa naturaleza. Por un lado, se encuentra el aumento de la competencia entre los medios y entre las emisoras y la incorporación progresiva de nuevas tecnologías que permiten emitir instantáneamente. Otras veces lo que ocurre es que la difusión efímera del mensaje radiofónico le lleva -erróneamente- al reportero a pensar que sus palabras habladas no tienen la misma importancia que si aparecieran “negro sobre blanco” y, en consecuencia, se legitima una menor planificación y un abuso de la improvisación.

Ya sea por necesidad o por desidia, el caso es que el reportero se ve a menudo en la obligación de ir hilvanando su discurso a medida que lo está produciendo. Hasta ahí todo bien. El error se produce cuando el reportero cae en la tentación de improvisar *demasiado*, algo sobre lo que ya alertaba hace años Martínez Albertos:

“Como resultado de esta tentación -muy española y muy latina- hacia la improvisación literaria, el periodismo de nuestro país carece del rigor expositivo y técnico que suele tener en países anglosajones. Unos reporteros-corresponsales menos literarios hubieran producido un tono medio periodístico de mayor seriedad, de rango superior al que actualmente es detectable no sólo en el periodismo español sino en buena parte del periodismo latino. La improvisación y la creación literaria son cosas que deben quedar reservadas para los genios. Pero en periodismo, como en todas las actividades humanas, los genios se cuentan con los dedos de una mano” (Martínez Albertos, 1993: 349).

Esta improvisación repercute en el registro que se emplea que, sobre todo en los reportajes en directo, suele ser coloquial (8). Esto se manifiesta en el empleo de constantes como la concatenación de enunciados, un alto grado de redundancia, enunciados suspendidos, presencia de relatos, estilo directo, entonación expresiva, tendencia a la

intensificación o hipérbole, reducción del léxico común, utilización de conectores pragmáticos, etc.

No se trata aquí de censurar el registro coloquial, sobre todo porque éste ni siquiera tiene que ver con las características del usuario, ni con su nivel de lengua que -en realidad- son características de lo vulgar. Lo coloquial resulta de la finalidad y de la situación de uso de una lengua y viene determinado por el contexto comunicativo (Briz, 1996: 29) (9).

Por tanto, el registro coloquial está justificado en un reportaje radiofónico. No es algo que esté mal, que no deba aparecer. El problema se presenta cuando el abuso de lo coloquial e improvisado deriva en una pobreza de expresión que, como vimos, sí es característica del mal estilo periodístico.

En concreto, esto ocurre sobre todo en el reportaje de calle (Herrera, 2007e), en el que el reportero asiste de modo presencial al desarrollo de los acontecimientos conforme se van produciendo. Su intervención tiene lugar a través de un micrófono y de un teléfono móvil. A diferencia del reportaje de mesa, el de calle se caracteriza por una actitud sumamente informativa, una máxima conexión con la actualidad inmediata y un grado de profundidad medio bajo. Asimismo, se trata de un tipo de reportaje urgente (Faus, 1981: 267), que se emite en directo, que es rápido, que no intensifica mucho sus recursos expresivos y que puede contener fragmentos de diálogos, aunque el relato base sigue siendo monológico. Este reportaje se suele emplear para transmitir información relativa a acontecimientos esperados como la celebración de encuentros deportivos, inauguraciones, manifestaciones, huelgas, aniversarios, clausuras, etc. y su ubicación es netamente informativa. En ocasiones, se puede utilizar también para cubrir acontecimientos imprevistos e inesperados.

Como resultado de su urgencia, el reportaje de calle no suele disponer de una planificación muy sistemática y premeditada. Lógicamente, se prevé la entrada y el cierre del reportaje, los recursos que se van a emitir, las personas a las que se va a entrevistar, las transiciones entre las diversas partes, etc. Sin embargo, esta planificación no es tan rigurosa, precisa y milimétrica como en el reportaje de mesa. Dicho de otra forma: se trata de un reportaje que se produce “sobre la marcha” lo cual, como decimos, puede llevar a abusar de la improvisación y, por consiguiente, redundar en una pobreza de expresión. Para evitarla, se recomienda dedicar un tiempo para redactar -o al menos documentar- los reportajes radiofónicos y, en los casos en que no sea posible, apoyarse en el dominio léxico de lo que se describe y conocer los procedimientos que concurren en el relato de lo narrado.

6. A modo de conclusión

La falta de profundización, el exceso en la pretensión interpretativa, la poca variedad expresiva, el exceso en la pretensión interpretativa, la falta de estructura y el abuso de la improvisación son los principales riesgos que amenazan la labor de reporteros y redactores cuando elaboran reportajes en radio. Muchos de estos riesgos encuentran su origen en la situación actual a la que se enfrenta el profesional. Una situación que se caracteriza por la alta competencia entre medios y emisoras y por la incorporación de nuevas tecnologías que simplifican y aceleran el proceso de producción de los textos. Sin embargo, en lo informativo, este contexto coincide precisamente con un mayor volumen de información que también es más sofisticado. Por eso, para contextualizar mejor toda esta información se requiere, hoy más que nunca, de más y de mejores reportajes. Esperamos que el presente texto pueda contribuir a ello.

Notas

(1) “El reportaje, como todo género interpretativo, tiene también a su favor el gozar de ciertas ‘dispensas’ respecto a otros géneros que se reflejan en la libertad y originalidad en la elección de un tema, en el tratamiento y forma de abordarlo y en el uso del lenguaje” (Abril, 2003: 65).

(2) Compartimos con Abril (2003: 68) la idea de que “cualquier intento de encorsetar en unas cuantas palabras o frases las características de un género es, de entrada, un intento fallido porque precisamente lo que más certeramente define a cualquier género periodístico es su capacidad de evolución, de adaptación a las circunstancias de cada momento”. Sin embargo, junto a esta convicción, la autora sostiene también: “Pero tampoco hay que desdeñar los intentos aproximativos, percibiendo sus limitaciones, puesto que aportan interesantes pistas para identificarlos y reconocerlos, por fuera y por dentro” (Abril, 2003: 68).

(3) Las relaciones entre la información y la opinión han sido uno de los asuntos más estudiados en periodismo. En la práctica, este tema sigue abierto y todavía no se han aportado respuestas definitivas. De todas las soluciones que se han propuesto, recogemos aquí la que recientemente ha formulado Burguet, porque, sin llegar a ser estrictamente original, está muy bien expresada. Compartimos con el autor la idea de que, en periodismo, ha sido habitual hacer una sacralización de los hechos y una satanización estratégica de la opinión que ha llevado, por ejemplo, a hablar de la dicotomía de la información-opinión como si se tratara del bien o el mal o incluso a pensar que, cuando se habla de que es necesario separar escrupulosamente la información y la opinión, se entiende que el problema es la opinión y no la información: como si el “agente tóxico” fuera la opinión (Burguet, 2004: 9-17). Sin embargo, no es así. La presencia de la opinión es muy necesaria en periodismo. Pero para ella se

destinan otros géneros.

(4) “La expresividad, ligada a la eficacia comunicativa, es una cualidad presente, en mayor o menor medida, en todo acto comunicativo. Entendemos que la expresividad es mayor cuando el emisor utiliza todas las herramientas de que dispone para emitir el mensaje, de tal modo, que el receptor lo asimila empleando el mínimo esfuerzo (...) Los elementos sonoros de la radio ofrecen al periodista un amplio abanico de posibilidades para que estructure su mensaje, mediante la correcta utilización y combinación de los elementos del lenguaje radiofónico y la elección de los géneros. Todo ello con el fin último de interesar, persuadir y seducir a quien escucha desde el otro lado” (Jiménez y Rodero, 2005: 83-84).

(5) Sobre este punto se puede ver también Cebrián Herreros, 1992 y Martínez-Costa y Díez Unzueta, 2005: 116.

(6) Sobre algunas recomendaciones respecto al uso de transiciones se puede ver Ulibarri, 1994: 256-260 y Martínez-Costa y Díez Unzueta, 2005: 123.

(7) Precisamente la falta de expresividad es una de las conclusiones más relevantes de la investigación que realizan Jiménez y Rodero en referencia a los informativos radiofónicos españoles. Según las autoras, los informativos abusan de la palabra frente a otros recursos del lenguaje radiofónico, debilitando así la dimensión estética en el proceso creativo de la información” (Jiménez y Rodero, 2005: 104).

(8) Recordemos que lo coloquial se define como: “El habla tal como brota, natural y espontáneamente en la conversación diaria, a diferencia de las manifestaciones lingüísticas conscientemente formuladas, y por tanto más cerebrales, de oradores, predicadores, abogados, conferenciantes, etc., o las artísticamente modeladas y engalanadas de escritores, periodistas o poetas” (Beinhauer, 1991: 9). Según Briz “llamamos coloquial, entendido como nivel de habla, a un uso socialmente aceptado en situaciones cotidianas de comunicación, no vinculado en exclusiva a un nivel de lengua determinado y en el que vulgarismos y dialectalismos aparecen en función de las características de los usuarios” (Briz, 1996: 25-26). Para saber más sobre el registro coloquial, se puede ver Briz, 1996 y 1998.

(9) A juicio de Briz, ese contexto de comunicación regula y marca de algún modo las conductas lingüísticas y extralingüísticas de los hablantes, las cuales se suelen esforzar en acomodar en mayor o menor medida sus actores diarios de comunicación a la situación precisa en que tienen lugar. Así, por ejemplo, un estudiante no habla del mismo modo cuando conversa con sus compañeros de clase que con el profesor (Briz, 1998: 25).

Bibliografía

ABRIL, Natividad, *Información interpretativa en prensa*, Madrid, Síntesis, 2003.

BEINHAUER, Werner, *El español coloquial*, Madrid, Gredos, 1991, v.o. 1929.

BENAVIDES, José Luis y QUINTERO, Carlos, *Escribir en prensa*, Madrid, Pearson Prentice Hall, 2004, segunda edición.

BRIZ, Antonio, *El español coloquial: situación y uso*, Madrid, Arco Libros, 1996.

BRIZ, Antonio, *El español coloquial en la conversación. Esbozo de pragmatogramática*, Barcelona, Ariel lingüística, 1998.

BURGUET, Francesc, *Les trampes dels periodistes*, Barcelona, Edicions 62, 2004.

CEBRIÁN HERREROS, Mariano, *Géneros informativos audiovisuales*, Madrid, Ciencia 3, 1992.

CHILLÓN, Lluís Albert, *La literatura de fets*, Barcelona, Libergraf, 1994.

DEL RÍO, Julio, *Periodismo interpretativo. El reportaje*, México, Trillas, 1994.

ECHEVERRÍA, Begoña, *Las w's del reportaje*, Valencia, Fundación Universitaria San Pablo CEU, 1998.

FAGOAGA, Concepción, *Periodismo interpretativo. El análisis de la noticia*, Barcelona, Mitre, 1982.

FAUS, Ángel, *La radio, introducción a un medio desconocido*, Madrid, Guadiana de Publicaciones, 1981.

FERNÁNDEZ PARRAT, Sonia, *Introducción al reportaje: antecedentes, actualidad y perspectivas*, Coruña, Universidad de Santiago de Compostela, 2003.

FIGUEROA, Romeo, *¡Qué onda con la radio!*, México, Longman de México, 1996.

GARCÍA JIMÉNEZ, Jesús, *Información audiovisual. Los géneros*, Madrid, Paraninfo, 2000.

GONZÁLEZ, Norberto, *La interpretación y la narración periodísticas*, Pamplona, Eunsa, 1997.

GONZÁLEZ CONDE, María Julia, *Comunicación radiofónica. De la radio a la universidad*, Madrid, Editorial Universitas, 2001.

GRIJELMO, Álex, *El estilo del periodista*, Madrid, Taurus, 1997.

GUTIÉRREZ, María y PERONA, Juan José, *Teoría y técnica del lenguaje radiofónico*, Barcelona, Bosch comunicación, 2002.

HERRERA, Susana, “El reportaje en radio: anatomía de un género”, en *Ámbitos*, 2007a (en prensa)

HERRERA, Susana, “La estructura del reportaje en radio”, en *Área Abierta*, núm. 17, 2007b (en prensa)

HERRERA, Susana, “El reportaje en radio: aspectos que configuran su estilo”, en *Consensus*, núm. 12, 2007c (en prensa)

HERRERA, Susana, “Cómo elaborar reportajes en radio”, para *Temas y Problemas de la Comunicación*, núm. 2007d (en prensa)

HERRERA, Susana, “Tipología del reportaje radiofónico”, para *Signo y Pensamiento*, núm. 2007e (en prensa)

IBARROLA, Javier, *El reportaje*, México, Gernika, 1994.

- JIMÉNEZ, Silvia y RODERO, Emma, "La expresividad en los informativos radiofónicos", en *Comunicación y sociedad*, Vol. XVIII, núm. 2, 2005, pp. 83-107.
- LEÑERO, Vicente y MARÍN, Carlos, *Manual de periodismo*, México, Grijalbo, 1986.
- LEWIS, Carolyn Diana, *El reportaje por televisión*, México, Publigráficos, 1994.
- MAC DOUGALL, Curtis, D., *Interpretative reporting*, New York, Macmillan Pub Co, 1983.
- MARTÍN VIVALDI, Gonzalo, *Géneros periodísticos. Reportaje, crónica, artículo. Análisis diferencial*, México, Ediciones Prisma, 1981.
- MARTÍN VIVALDI, Gonzalo, *Géneros periodísticos. Reportaje, crónica, artículo. Análisis diferencial*, Madrid, Paraninfo, 1987, cuarta edición.
- MARTÍNEZ ALBERTOS, José Luis, *Curso general de redacción periodística*, Madrid, Paraninfo, 1993, 2ª edición.
- MARTÍNEZ-COSTA, María Pilar, "El narrador en radio. Voz presente y relatos polifónicos", en IMÍZCOZ, Teresa (et. al). *Quién cuenta la historia. Estudios sobre el narrador en los relatos de ficción y no ficción*, Pamplona, Eunate, 1999.
- MARTÍNEZ-COSTA, María Pilar y DÍEZ UNZUETA, José Ramón, *Lenguaje, géneros y programas de radio*, Pamplona, Eunsa, 2005.
- MARTÍNEZ-COSTA, María y HERRERA DAMAS, Susana, "Qué son los géneros radiofónicos y por qué deberían importarnos", en *Global Media Journal* en español, 2005, en la dirección electrónica: http://gmje.mty.itesm.mx/articulos3/articulo_7.html, fecha de consulta: 27 de abril de 2007.
- MARTÍNEZ-COSTA, María y HERRERA DAMAS, Susana, "Rasgos diferenciales de la crónica radiofónica", en *Comunicación y Pluralismo*, núm. 3, 2007 (en prensa)
- MERAYO, Arturo, *Curso práctico de técnicas de comunicación oral*, Madrid, Tecnos, 1998.
- MERAYO, Arturo, *Para entender la radio. Estructura del proceso informativo radiofónico*, Salamanca, Publicaciones Universidad Pontificia de Salamanca, 2000, 2ª edición.
- MERAYO, Arturo y PÉREZ ÁLVAREZ, Carmen, *La magia radiofónica de las palabras*, Salamanca, Librería Cervantes, 2001.
- MERAYO, Arturo, "La construcción del relato informativo radiofónico", en MARTÍNEZ-COSTA, María Pilar (coord.), *Información radiofónica. Cómo contar las noticias en la radio hoy*, Barcelona, Ariel, 2002, pp. 59-96.
- MUÑOZ, José Javier y GIL, César, *La radio: teoría y práctica*, Madrid, Instituto Oficial de Radio y Televisión, 1994, 2ª edición.
- PEÑAFIEL, Carmen, "La información en la radio", en MARTÍNEZ-COSTA, María Pilar, (coord.). *Información radiofónica. Cómo contar noticias en la radio hoy*, Barcelona, Ariel comunicación, 2002, pp. 21-57.
- RODERO, Emma, *Manual práctico para la realización de entrevistas y reportajes en radio*, Salamanca, Librería Cervantes, 2001.
- SAIZ, Jesús, *Periodismo de radio. De los estudios al ciberespacio*, Valencia, Servicio de Publicaciones de la Universidad Cardenal Herrera, 2005.
- SOENGAS, Xosé, *Informativos radiofónicos*, Madrid, Cátedra, 2003.
- SORIA, Carlos, *El laberinto informativo: una salida ética*, Pamplona, Eunsa, 1997.
- ULIBARRI, Eduardo, *Idea y vida del reportaje*, México, Trillas, 1994.
- VIGIL, Manuel, *El oficio de periodista. Noticia, información, crónica*, Barcelona, Dopesa, 1972.